

90
vina Madre y á los santos, á fin de que honrando la memoria de éstos, se dignen interceder por nosotros.

ORACION XLVIII, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De San Ligorio.)

Yo os saludo, ¡oh María!, esperanza de los cristianos: recibid la humilde súplica de un pecador que os ama y venera. Por vos tengo la vida: vos sois mi esperanza y la prenda de mi salvacion. Os suplico, pues, que me libreis del peso de mis iniquidades: disipad las tinieblas de mi espíritu, estirpad de mi corazón los afectos terrenos: reprimid las tentaciones con que mis enemigos me combaten; y reglad de tal manera mi vida, que por vuestro medio y por vuestra direccion pueda yo llegar á la bienaventuranza eterna. Amen.

EJERCICIO XLIX.

PARA EL DOMINGO VIGÉSIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.



INSTRUCCION CUADRAGESIMANONA.— LA VIRGEN SANTISIMA ES NUESTRA ALEGRIA Y NUESTRA DICHAYA EN ESTE MUNDO.

Tu latitia Israel.

Tú eres la alegría de Israel. (*Judith cap. 15, v. 10.*)

LA tierra es en realidad un valle de lágrimas, un lugar de destierro, una region de miserias. Sin embargo, de este mismo valle de lágrimas, de este lugar de destierro, de esta region de miserias, sabe la Virgen María sacar la mas dulce alegría para inundar á sus siervos por la firme esperanza, de que con su proteccion merecerán algun dia ser contados en el número de los escogidos: pues la felicidad eterna les está en cierto modo asegurada, con la sola condicion de que continúen en servir fielmente á tan buena Madre hasta la muerte. Es moral-

mente imposible que un verdadero devoto de María perezca para la eternidad: San Bernardo es quien nos lo asegura: *servus Mariae numquam peribit.* Todos los santos han estado penetrados de estos piadosos sentimientos; y en la misma sagrada antigüedad encontramos vestigios que nos confirman en el mismo modo de pensar. El real Profeta pedía á Dios que *no le confundiese con los impíos*, es decir, con los réprobos, que son los verdaderos impíos: "porque, dice, me he enardecido de celo "por el honor de vuestra santa casa." *Domine, dilexi decorem domus tuae: ne perdas cum impiis animam meam.* (Ps. 25.) Pero ¿cuál es esta casa de Dios, sino María, que mereció ser habitación del eterno Verbo, como ella misma lo declara con las palabras del escritor sagrado: *qui creavit me, requievit in tabernaculo meo!* (Eccl. 4.) Pues si David esperaba no ser confundido con los impíos, por haber honrado á la Virgen Santísima figurada por el templo, ¿cuánto mas debe esperar un cristiano que pone su cuidado principal, no solo en honrar á María, sino tambien imitar sus virtudes en cuanto le es posible? En este caso, y en este sentido, es cuando la devoción á María se puede decir que es un *título de libertad*, como se expresa San Efrén: *Charta libertatis.*

No tenemos, pues, que admirarnos de que el demonio se declare con tanta violencia contra los verdaderos siervos de María, la cual, después de su divino Hijo, puede muy bien decir á Dios: "Señor, no he perdido á ninguno de los "que habeis confiado á mi cargo." He aquí por qué el enemigo del linage humano hace todos los esfuerzos para que las almas cristianas pierdan la devoción que tienen á esta buena Madre: y no es sin motivo el que María diga que *no pierde á ninguno de los que se ponen á su cuidado*: pues la Iglesia le aplica este testo del Eclesiástico, cap. 24: "El que me "oye, no será confundido." *Qui audit me, non confundetur.* Que es lo mismo que si dijéramos: "el que está consagrado al servicio de "María, está seguro de alcanzar lo que espera, "lo que desea y lo que pide." Porque *no ser confundido* es lo mismo que *lograr lo que se pretende*. Pero cuidado: es necesario que nuestra conducta pruebe que trabajamos por merecer la protección de María, por medio de las virtudes que practicamos. Pues cuando se dice que todos los que honran á la Virgen Santísima tienen asegurada la salud eterna, es preciso escluir á los falsos y temerarios devotos, que con el pretexto de algunos actos religiosos que

practican en honor de María, presumen que son siervos celosos de esta buena Madre. Estos por cierto se engañan: y lejos de merecer su proteccion, y de hacerse dignos de los efectos de su misericordia, no merecen mas que castigos; y los experimentan muchas veces aun en esta vida. Se trata solamente de los cristianos fervorosos, que desean adelantar mas y mas en la virtud, y que al mismo tiempo tributan un culto continuo á la Madre de Dios: en cuanto á estos es bien difícil, por no decir imposible, que siendo tales siervos de María se pierdan por la eternidad.

Tal es el modo de pensar de los Padres de la Iglesia, de una infinidad de teólogos, de innumerables doctores, y en general de todos los santos. Con tantos y con tan respetables testimonios se debe convenir en que hay pocas verdades (escepto las de fé) que se presenten apoyadas con tantas autoridades, y sostenidas con tan imponentes pruebas.

San Antonio nos dice sobre este punto: "Así como no pueden salvarse aquellos, de los cuales María retira sus miradas compasivas, así es necesario que aquellos que son mirados de ella con ojos de bondad, sean hechos participantes de la salvacion y de la gloria." *Sicut*

impossibile est, ut illi, á quibus Maria oculos sue misericordiae avertit, salventur; ita necessarium est, quod hi, ad quos convertit, oculos suos, salventur, et glorificentur. San Ignacio mártir aun se esplica con mas fuerza, pues asegura "que un pecador no puede salvarse sino por la intercesion de la Virgen Santísima, cuya gran misericordia alcanza la salvacion de aquellos, á los cuales condenaria la divina justicia." *Impossibile est, aliquem salvari peccatorem, nisi per tuum, ó Virgo, auxilium et favorem: quia quos non salvat Dei justitia, salvat sua intercessione Maria.* En fin, San Buenaventura concluye diciendo á la Virgen Santísima: "¡Oh María, cuán distante está de condenarse el que os honra!" Y San Juan Damasceno añade: "Nada tengo que temer, con tal que me halle bajo vuestra proteccion; porque la devocion á vos es un arma que Dios pone solo en manos de aquellos á quienes quiere salvar."

¿Y quién ha de dudar de la salvacion de los siervos de María, asegurando San Bernardo, "que á la Virgen no le falta poder ni voluntad de salvarnos?" *Nec facultas, nec voluntas illi deesse potest.* ¿Quién lo ha de dudar, diciendo San Antonio, "que es imposible que la

“Madre de Dios no sea oída?” *Impossibile est Deiparam non exaudiri.* Todos los santos han confiado en María; y ninguno de ellos ha sido engañado. La mayor parte, ó muchos de ellos, fueron pecadores como nosotros: pero persuadidos de que María ha alcanzado (como lo asegura Santo Tomás) para un gran número de sus siervos la suspension de su sentencia; han creído, y con fundamento, que si su misericordia y su bondad habia obrado tales prodigios, no les rehusaria el beneficio de la santificación, y les proporcionaria los medios de lograrla.

No temamos, pues, el número de nuestros pecados; porque como María ruegue una sola vez por nosotros, dice San Anselmo, estamos seguros de librarnos de los males eternos. “¿Y quién se atreverá á negar, esclama Ricardo de San Lorenzo, que tengamos á nuestro Juez favorable, si tenemos de nuestra parte á la Madre de misericordia?” Digamos en fin con el bienaventurado Enrique de Suzon: “Mi alma está en las manos de María; y si el Juez quiere condenarme, será necesario que la sentencia pase por las manos de esta clementísima Señora, que sabrá suspender la ejecucion.” Tengamos nosotros la misma esperanza, con-

servemos la misma confianza de que estaban animados aquellos verdaderos hijos de María; y penetrémonos bien de los sentimientos que alegraban el corazón de San Buenaventura, cuando decia á María: *In te, Domina, speravi, non confundar in æternum.*

EJEMPLO XLIX.

(Una fervorosa religiosa recobra la tranquilidad por medio de una devota súplica á María.)

La venerable madre Catalina de Bar, llamada despues Matilde del Santísimo Sacramento, fundadora de la adoracion perpetua, refiere los consuelos que recibió de la Virgen Santísima durante su primer noviciado en Beugers. Su comunidad se vió afligida de una enfermedad epidémica, de cuyas resultas se hicieron muy difíciles los recursos temporales, y aun los espirituales, hasta el punto que apenas ella misma tenia lugar de oír la misa en los dias de domingo. Para colmo de su pena, la piadosa novicia cayó en el mas deplorable estado de desolacion interior, de sequedad, de tedio, de temor y de tibieza en todo lo que pertenecia á su profesion: todo la disgustaba: nada la atraía á las cosas de Dios: no tenia á nadie á quien pudiese abrir su corazón. Estando casi á punto de desmayar y sucumbir del todo, fué á postrarse á los piés de la Virgen Santísima, que era su recurso ordinario, y anegada en lágrimas la dirigió la palabra, diciéndola con la mas tierna confianza: “¿Oh

“Virgen Santísima! ¡Oh Madre mía! ¡Por ventura me habeis conducido á este lugar para dejarme pe-
 “recer? Yo no hallo los medios de poder servir á
 “Dios: no conozco mis obligaciones: no sé á quién re-
 “currir para que me las enseñe: soy perdida si vos
 “misma no os dignais servirme de maestra, así como
 “hasta el presente me habeis hecho los oficios de ma-
 “dre.” Esta súplica, que la misma venerable nos ha
 conservado, fué oída completamente: sus penas se di-
 siparon: recobró la calma de su espíritu, y lo mas no-
 table fué que la misma Virgen se constituyó maestra
 de la venerable, conforme ésta lo habia deseado; de
 manera que no reparaba en decir que todo lo que sa-
 bia lo habia aprendido de la Virgen Santísima. Los
 mismos consuelos le fueron prodigados por su divina
 protectora en su segundo noviciado en el monasterio
 de Rambevillers, del cual fué el ornamento y la glo-
 ria. (*Vida de la venerable.*)

PRACTICA XLIX, EN HONOR DE MARIA.

(*De Santa Isabel, reina de Hungría.*)

Dad alguna limosna en honor de la Virgen Santí-
 sima. Santa Isabel de Hungría, siendo aún niña,
 conservaba todo el dinero que se le daba para sus re-
 creaciones, á fin de distribuirlo á los pobres en honor
 de la Madre de Dios, y encargaba cuando daba li-
 mosna á algun pobre, que rezase una *Ave María*.

ORACION XLIX, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(*De San Pedro Damiano.*)

¡Oh María! Se os ha dado todo poder en el cielo
 y en la tierra, y nada os es imposible, pudiendo hasta

restituir la esperanza á los que la han perdido. Dig-
 naos, pues, cuando os presenteis delante de Jesucris-
 to, que es el autor de la reconciliacion, dignaos inter-
 ceder en mi favor, á fin de que pueda, bajo vuestros
 auspicios, vivir en este mundo con arreglo á la ley
 de Dios y gozar la dicha de veros en la eternidad.
 Amen.

—♦♦♦—
EJERCICIO I.

PARA EL DOMINGO VIGÉSIMO-

PRIMERO DESPUES DE PENTE-
 COSTES.

—♦♦♦—
 INSTRUCCION QUINCAGESIMA.—LA VIRGEN SANTI-
 SIMA ES ABOGADA PARA ALCANZAR UNA BUENA
 MUERTE.

*Memorare diem humilitatis
 tue... et invoca Dominum, et lo-
 quere Regi pro nobis, et libera nos
 de morte.*

Acordaos del tiempo en que vi-
 vais entre las criaturas de la tier-
 ra: hablad al Rey supremo en nues-
 tro favor; y libradnos de la muerte
 eterna. (*Esther cap. 13, v. 2 y 3.*)

LA Iglesia, que no deja de encaminar á sus hi-
 jos mientras viven en este mundo hácia la de-
 vocion á la Virgen Santísima, les recomienda

que recurran á ella particularmente en la hora terrible de la muerte, á fin de que por su poderosa mediacion con Dios alcancen la gracia de morir en su santo amor. Con este objeto les ha enseñado la tierna oracion que ha añadido á la salutacion angélica, y que San Cirilo patriarca de Alejandría compuso en el concilio de Efeso: "Santa María, Madre de Dios, rogad por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte."

Y no es sin razon el inspirarnos la Iglesia esta confianza en María, para pasar felizmente, bajo su proteccion el peligroso trance del tiempo á la eternidad: pues no duda que esta buena y tierna Madre que nos ha protegido durante este penoso destierro, no nos abandonará, si se lo rogamos, en el dichoso momento de ir á la patria de los bienaventurados. María es la verdadera Madre, de la cual hablan los Proverbios, que nos da á conocer su ternura en el tiempo de la adversidad, y por ella nos da pruebas de lo mucho que nos ama. Es bien diferente de esos falsos amigos del siglo, que nos acarician, y que se arriman á nosotros en el tiempo de la prosperidad, y cuando no necesitamos de su asistencia; al paso que se alejan de nosotros en el momento en que experimen-

tamos alguna desgracia, en la cual pudiesen sernos de algun consuelo. "No es así María, dice San Ligorio, cuando nos hallamos en la desgracia, ó cuando la necesitamos. ¿Y qué mayor necesidad para nosotros, que la que nos pone en la dura alternativa de salvar ó de perder nuestra alma por la eternidad? María es nuestra vida en el lugar del destierro; y es nuestra dulzura en la hora de la muerte, procurándonosla tranquila y feliz. Despues del dia en que la Virgen tuvo el dolor y el consuelo simultáneo de asistir á la última hora de su divino Hijo, cabeza de los predestinados, se encargó de asistir del mismo modo en este terrible trance á todo el pueblo de los predestinados."

Son realmente espantosas las angustias de los pobres moribundos, cuando se reunen los remordimientos de la conciencia, el temor del juicio que se acerca, y la incertidumbre de la salvacion eterna, para llenar sus almas de turbacion y sobresalto. El infierno, dice San Juan en su Apocalipsis, que no tiene mas que un corto término, redobla su furor, y hace los últimos esfuerzos para apoderarse en los últimos momentos de la presa que va á escapársele. El demonio, que no cesaba de tender lazos al

alma durante su peregrinacion en este mundo, no se contenta á la última hora con acudir solo á la carga, sino que llama en su ayuda innumerables legiones de espíritus infernales. La habitacion del moribundo, dice Isaías, se llenará de serpientes: *implebuntur domus eorum draconibus*; pero si María llega á presentarse, nada pueden las potestades del infierno contra aquel á quien persiguen: sus esfuerzos son inútiles: el solo nombre de María las ahuyenta; y el moribundo fortalecido con la proteccion de la Virgen, sale siempre victorioso del combate. La sola idea de la asistencia de María en la última hora llena de consuelo á los fieles: los antiguos justos esperaban en ella, representada y anunciada de antemano debajo de mil figuras; y David decia á Dios: "Aun cuando yo caminase por entre las sombras de la muerte, vuestra vara y vuestro báculo me sostendrán y me servirán de consuelo." *Si ambulavero in medio umbræ mortis. . . . virga tua et baculus tuus, ipsa me consolata sunt.* (Ps. 23.)

El cardenal Hugo dice, "que por el báculo debe entenderse la cruz del Salvador, y por la vara la intercesion de María:" la cual es la vara ó vástago que Isaías anuncia diciendo: *Egredietur virga de radice Jesse, et flos de*

radice ejus ascendet. "Saldrá una vara de la raiz de Jesé, y de la vara nacerá la flor. (Is. 11.)" Y San Pedro Damiano añade: "La Virgen Santísima, con su poderosa proteccion, significada por la vara de Jesé, ahuyenta á todos los enemigos que quisieran impedir los frutos de la redencion de los hombres."

Cuando un hombre está cerca de la muerte, el infierno entero se levanta contra él, y le envia los demonios mas terribles, á fin de hacer caer su alma en el pecado, y acusarle en seguida en el momento de ser presentada delante del tribunal de Jesucristo. Mas si esta alma está defendida por María, los demonios no se atreverán á acusarla; porque saben que el Juez supremo no condena á ninguno de los que son protegidos por su divina Madre, dice Ricardo de San Lorenzo: *Quis apud Judicem accusare audeat, cum viderit Matrem patrocinantem?* San Gerónimo, escribiendo á la virgen Pulqueria, la aseguraba que "María no se contenta con asistir á sus siervos en su última hora sino que acompaña á sus almas y las presenta ella misma en el tribunal de Dios." Y esto es muy conforme á lo que la misma Virgen Santísima dijo á Santa Brígida, ha-

blándola de los que la han honrado durante su vida: "Yo que soy su tierna Madre y Señora, voy delante de ellos para servirles de consuelo y de fortaleza." *tunc ego, carissima eorum domina et mater, occurrám eis in morte, ut ipsi consolationem, et refrigerium habeant.* San Vicente Ferrer nos dice también que "la bienaventurada Virgen recibe las almas de los moribundos en el acto de su muerte." San Ligorio añade: "Esta Reina compasiva recibe nuestras almas en su seno, y las presenta al Juez su Hijo." ¿Quién dudará que nuestra alma pasando por tales manos haya de ser feliz por toda la eternidad?

Nuestra muerte será preciosa á los ojos del Señor, si tenemos la dicha de vivir en el servicio de esta buena Madre. ¡Cuán dulces nos parecerán entonces estos lazos que nos habrán unido á ella! Entonces veremos, sin poderlo dudar, que las cadenas que hemos llevado sirviéndola han sido cadenas de amor, sin que hayamos sentido su peso sino para acordarnos que hemos sido esclavos felices.

Reanímemos, pues, nuestro fervor y nuestra devoción á María: estemos seguros de que en la hora de la muerte nos procurará los mas grandes consuelos: acordémonos que es la Vir-

gen fiel, como canta la Iglesia; y que se mostrará tal en favor de aquellos que al salir de este mundo habrán dado pruebas de haber sido verdaderos observantes de las piadosas prácticas de su devoción, celosos defensores de sus prerogativas, religiosos propagadores de su culto, y sobre todo, fervorosos imitadores de sus virtudes. Entonces se alegrarán de haberse impuesto mortificaciones voluntarias por amor á la Virgen María, de haberse apartado de las ocasiones de pecar, y de haber resistido á las tentaciones, para hacerse dignos de tener parte en su mediación.

EJEMPLO L.

(*La santa esclavitud de María.*)

El bienaventurado Marino, hermano de San Pedro Damiano, fué el primero que dió el ejemplo de ofrecerse á la Virgen Santísima en calidad de esclavo: y esto es lo que despues se ha llamado la santa esclavitud de la Madre de Dios. Hizo profesion de sujetarse á esta esclavitud delante de un altar dedicado á la Virgen: se ofreció á ella en calidad de esclavo: y para portarse como tal, despues de haber leído el acta de su profesion, se impuso á sí mismo algunas de las prácticas de rigor y austeridad que en la tierra se solían emplear contra los esclavos. Despues de eso, puso una moneda sobre el altar de la Virgen, y prome-

tío pagarle anualmente este tributo en calidad de esclavo, y en reconocimiento de su dominio; y desde entonces se consideró como propiedad de la gloriosa reina del cielo y de la tierra, á la cual pertenecía como su propio esclavo. De este acto reportó copiosísimos frutos para llegar al grado de santidad que brilló en su vida y en el punto de su muerte. Habiéndose esta práctica estendido con el tiempo, se introdujo la costumbre de llevar pequeñas cadenas en señal de esclavitud. M. Boudon en su excelente libro sobre esta materia, pone un largo catálogo de santos, de hombres grandes y de reyes, que han mirado como un honor particular el ser alistados entre los esclavos de la Madre de Dios. (M. Boudon.)

PRACTICA L, EN HONOR DE MARIA.

(De Santa Brígida.)

Rogad por las almas del purgatorio, sobre todo por aquellas que han sido mas devotas de la Virgen Santísima, que declaró á Santa Brígida que era la madre de esas benditas almas, y que nada se podia hacer que fuese tan agradable á sus ojos, como rogar por ellas á fin de que cuanto antes fuesen libradas de sus penas.

ORACION L, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(Del piadoso autor del Memoriale vitæ sacerdotalis.)

¡Oh Virgen Santísima, socorro de los cristianos! Ayudadme en medio de las miserias de que me hallo

rodeado: que vuestra asistencia me libre de los peligros á que estoy espuesto, tanto durante mi vida, como en la hora de la muerte. Estas son ¡oh María! las gracias que os suplico me concedais, á fin de que fortalecido con vuestra proteccion, salga vencedor en los combates que haya de sostener contra mis enemigos visibles é invisibles. Amen.

—◆◆◆—
EJERCICIO LI.

PARA EL DOMINGO VIGÉSIMO-
SEGUNDO DESPUES DE PEN-
TECOSTES.

—◆◆◆—
INSTRUCCION QUINCUAGESIMAPRIMERA.—LA DEVO-
CION A LA VIRGEN SANTISIMA ES UNA SEÑAL DE
PAZ Y DE RECONCILIACION CON DIOS.

*Hoc est signum fœderis, quod do-
inter me et vos. . . cumque appa-
rebit. . . recordabor fœderis mei
vobiscum.*

Esta es la señal de la alianza que
contraigo con vosotros; y cuando la
señal aparecerá, me acordaré de
esta alianza. (Gen. cap. 9, vs. 12,
14 y 15.)

Cuando la Iglesia llama á María arca de la alianza, *fœderis arca*, nos da bien á entender cuál es la señal de la paz y reconciliacion que